



**Marcelo Vázquez
y Silvia Perona**
Estudiantes de la Licenciatura en
Trabajo Social de la UNR.

Límites y posibilidades de la intervención en los procesos de *empowerment* en Trabajo Social

[Resumen] El presente trabajo acerca una reflexión, a partir de un recorrido teórico, sobre las estrategias de *empowerment* en Trabajo Social que nos propone Vicente de Paula Faleiros y cuyo hilo conductor es la cuestión que se nos plantea: la posibilidad de entender cómo se puede pensar a la intervención desde el paradigma de la correlación de fuerzas.

[Palabras clave] *empowerment* - trayectorias - relaciones de fuerza - intervención profesional

El paradigma de la correlación de fuerzas

La contribución gramsciana en la formulación de los conceptos de hegemonía/contrahegemonía ha abierto nuevos caminos de reflexión para el Trabajo Social, consolidando y profundizando la perspectiva crítica tanto al accionar directo del sujeto como al peso mecánico de la estructura, replanteando la radicalidad de opciones dicotómicas. Ni la historia es un acto permanente que emana de la voluntad de los sujetos, ni la estructura social es condición determinante para siempre del recorrido de los mismos.

En el mismo sentido que lo plantea Marx, los hombres van haciendo su historia, pero condicionados por lo heredado del pasado. Faleiros retoma la tradición gramsciana, situando la acción del trabajador social en un contexto de disputas, consensos, conflictos, deseos, mezquindades sectoriales, búsquedas colectivas, depredación de recursos, construcción/consolidación de legitimidades, burocratización agobiante, ciudadanía emergente/en emergencia. El proceso de legitimación y control se inscribe en las luchas de clases articuladas en la correlación de fuerzas (mediaciones económicas, políticas e ideológicas) entre bloques que pretenden conservar su hegemonía o propugnan una contra-hegemonía.

De este modo, Faleiros considera al proceso de intervención en el contexto de las relaciones sociales. Para él, "el objeto de la intervención del Trabajo Social se construyó en la relación sujeto/estructura y en la relación usuario/institución, en que surge el proceso de fortalecimiento del usuario frente al debilitamiento de sus vínculos, capitales o patrimonios individuales y colectivos"

(2003: 44). Propone un modo particular de intervención para el Trabajo Social, teniendo en cuenta las relaciones de fuerzas.

El paradigma de la correlación de fuerzas viene a romper con la tensión estructura/sujeto. Las opciones para el profesional no aparecen ya como dicotómicas, visualizándose las diferencias de clases, el recorrido no-lineal que puede realizar un sujeto, la división de las clases en fragmentos y fracciones, la formación de bloques políticos coyunturales que pueden garantizar avances de medio y largo plazo (por ejemplo, en términos de ciudadanía y derechos sociales), o incluso pensar retiradas de tipo táctico-estratégicas en cada coyuntura.

En el pensamiento de Faleiros no es determinante el peso de la estructura, "... este paradigma implica una ruptura con la visión mecanicista de la sociedad, que niega el rol del sujeto en la transformación social, reduciendo los cambios superestructurales a reflejos de las condiciones materiales, ubicando al Servicio Social en la función de control para mantener las condiciones de reproducción capitalista de la sociedad" (2003: 45). Hay un involucramiento de las relaciones personales en las relaciones sociales globales, a modo de resolución de la tensión sujeto/estructura en clave de mediación.

De todas maneras, está claro que la mayor disposición de fuerzas de diferentes órdenes, actúan como mediaciones favorables en los procesos contradictorios de enfrentamiento, luchas, disputas. La mayor concentración de energía, recursos, conocimiento, técnicas, medios de comunicación, de parte de un actor o un grupo para hacer valer sus intereses en disputas con otros actores y grupos, le otorga una posición más ventajosa en el enfrentamiento. "La fuerza se manifiesta en esta correlación que depende del peso económico, del poder político, de las capacidades afectivas, de la capacidad cultural, lo que llamamos patrimonios, que pueden ser aumentados o disminuidos en el contexto de las relaciones más generales o particulares" (2003: 47-48).

Pero, ¿tienen las fuerzas subalternas el patrimonio suficiente para contrarrestar el peso del poder económico y político de los grandes propietarios de las sociedades capitalistas? Para el autor, las fuerzas subalternas tienen otros patrimonios: movilización y organización política, cuestionamiento ideológico, ampliación de la democracia y la ciudadanía, inserción cultural y afectiva, que les posibilitan ejercer procesos contrahegemónicos.

Los actores sociales que intercambian saberes se encuentran en una relación de poder articulada históricamente, en la conexión entre lo económico y lo político, entre la voluntad y las mediaciones posibles por las fuerzas en presencia y en confrontación.

"El Servicio Social actúa en una correlación particular de fuerzas, en la forma institucionalizada, en la mediación debilitamiento/exclusión, fortalecimiento/inserción social, vinculada con el proceso global de re-producirse y re-presentarse de los sujetos en sus trayectorias/estrategias. Se puede realizar la articulación entre: a) acciones de rutina (prestación de servicios), b) injerencia y participación de la población, c) organización estratégica frente a la institución y en la misma sociedad" (2003: 48-49). De esta manera, la intervención profesional presenta algunos rasgos contradictorios y al mismo tiempo transformadores, condensando las fuerzas sociales y las mediaciones complejas, alcanzando cierta autonomía según la coyuntura.

En esas mediaciones entre procesos de debilitamiento-fortalecimiento, para el autor, se define el trabajo profesional del Servicio Social. "De acuerdo con el

paradigma de la correlación de fuerzas las mediaciones de poder, y por lo tanto, de opresión, subordinación, discriminación, victimización, debilitamiento, explotación, se plantean y presuponen teórica y prácticamente, implicando el compromiso o contrato de los asistentes sociales con el fortalecimiento del oprimido en el proceso de enfrentamiento de su debilitamiento/patrimonialización y adoptando la praxis de la política más ventajosa para las clases populares” (2003: 50). Esto constituye la propuesta de *empowerment*, que el autor busca y pretende instalar en la agenda pública y que desarrollaremos oportunamente.

Las trayectorias

Faleiros recupera en su producción y análisis el contexto en el cual el “sujeto se va constituyendo, su trayectoria social articulada con su trayectoria individual o familiar. La constitución de los sujetos se realiza en la superposición de relaciones complejas y en un proceso histórico demarcado por rupturas y continuidades” (2003: 73), contrastando con el discurso de las ciencias sociales que, en general, valora al sujeto en sí mismo y desestima su historia construida en relación con otros, su contexto, su mundo.

Estas trayectorias no son caminos que las estructuras determinan para cada sujeto, tampoco surgen de la libre elección de los mismos, en todo caso pueden responder a una “combinación de virtud y fortuna, en la expresión de Maquiavelo, de las situaciones y las acciones, de las condiciones dadas con las acciones y las iniciativas individuales y de los grupos a los que se pertenece” (2003: 73).

Según el autor, las trayectorias se construyen y reconstruyen a partir de las relaciones de poder y se manifiestan en el entrecruce de los ciclos de la vida de los sujetos con los ciclos históricos de la sociedad. Éste es un proceso no lineal en el cual cambian las relaciones de fuerzas y se producen rupturas y continuidades en la vida y trayectoria de los sujetos que los marcan, los ponen a prueba y que son independientes de su voluntad. Así, resulta más fácil al bloque dominante construir sus trayectorias y proyectos en el largo plazo porque cuenta con la fuerza que le otorga detentar la hegemonía. Los dominados, en cambio, fragmentados y debilitados deberán enfrentar el proceso de construcción de sus trayectorias bajo la presión de las marcas que provocan la desigualdad y la exclusión social.

Faleiros alude a la importancia de la marca que implica la exclusión social en la trayectoria de los dominados “...en cuanto proceso de marginalización de los bienes culturales, económicos, políticos, de ocio, que son patrimonio de ciertos grupos, aunque haya un proceso de integración en patrimonios familiares, afectivos, de amistad, de ciertos bienes que configuran el patrimonio de los dominados insertos en una relación de desigualdad” (2003: 74).

Con la expresión “patrimonio” el autor se diferencia de lo que para P. Bourdieu representan los “capitales”, estableciendo que los patrimonios se adquieren en las relaciones de familia, de explotación, en el imaginario social, siendo vividos en forma común por dominantes y dominados, constituyéndose patrimonios simbólicos como la religión, la nación, las vivencias cotidianas, etc., que producen cohesión pero no eliminan la dominación ni la desigualdad

social.

Estos patrimonios simbólicos sirven de referencia para la construcción de las identificaciones sociales y la representación que los individuos y grupos hacen de sí mismos, dependiendo de sus creencias, sus valores y las referencias culturales que adoptan; por eso las representaciones y las ideologías están determinadas por las prácticas sociales de clase, de discriminación, de resistencia.

Así, el concepto de “biovíá” hace referencia a los recorridos realizados a lo largo de la vida, a la inscripción relacional de un sujeto, que junto a la determinación del contexto en el que se encuentre inserto, producirán para él pérdida o adquisición de patrimonio. Por eso “en un momento dado, un individuo puede estar casado, ser labrador, pequeño propietario; en otro, por un cambio en las relaciones de la propiedad de la tierra, él migra y se convierte en separado, ambulante, urbanizado” (2003: 75).

Estas biovías representan posibilidades de éxito o fracaso, conquista o pérdida de poder, suponen la construcción de una nueva correlación de fuerzas, es decir, la nueva situación pone en juego nuevas relaciones “que involucran un proceso de construcción de nuevas referencias e identificaciones y pérdida de otras que disminuyen o aumentan la capacidad de poder intervenir en lo cotidiano y construir autonomía, o sea, de conseguir o perder poder” (2003: 75).

El autor retoma la perspectiva de recuperar las experiencias concretas de los sujetos en sus trayectorias, dejando de lado la óptica dualista (propia del Servicio Social de los años ‘60 y ‘70) según la cual la sociedad estaba dividida (burguesía-proletariado) y la intervención profesional debía comprender el proyecto de lucha de clases de los obreros. Al recuperar las experiencias, las vivencias de los sujetos en sus trayectorias, la especificidad del Servicio Social proviene de la intervención en esa particularidad que condensa la confrontación con los problemas sociales y las correlaciones de fuerzas.

Articulación estratégica e intervención profesional

Para Faleiros los sujetos debilitados, disminuidos en su capacidad de autonomía, sin poder y descapitalizados, son los que llegan al Servicio Social demandando una recomposición de su situación. Es allí, en ese lugar en el que ubica la especificidad de la profesión, en ese binomio debilitamiento/ fortalecimiento de los sujetos, pero además “a la condición de dominado se agrega la disminución de las condiciones de autonomía” (2003: 89).

Los sujetos debilitados, descapitalizados, despatrimonializados, se encuentran con el Servicio Social generalmente en el marco de una institución. El Trabajo Social debe ver este debilitamiento en una perspectiva amplia, en un movimiento complejo, porque la realidad es múltiple. Retomando el caso de un migrante interno de un país: es pobre, está en busca de empleo, trata de construir o elaborar estrategias de supervivencia, está en situación de debilidad; pero también puede estar descapitalizado afectiva, social, cultural, políticamente. “No se trata sólo de rescatar la esencia de la asistencia como auxilio, sino del Servicio Social en las relaciones de vida tejidas por el sujeto en su historia/ trayectoria” (2003: 89).

Cuando de descapitalización material habla el autor, apela a la sencillez que

para el Trabajo Social significa el uso de la fórmula problema/recurso disponible, subrayando que lo difícil está en poder lograr que el recurso signifique un verdadero cambio en la vida del sujeto. Desde la perspectiva de la articulación estratégica se visualiza la relación fuerza/recurso/problema: "...la pérdida de fuerza se relaciona con el problema, lo que justamente implica la búsqueda de un recurso que a su vez depende de la articulación de una relación de fuerza en el enfrentamiento de la cuestión en juego" (2003: 90).

El objetivo para el Servicio Social es, entonces, el fortalecimiento del sujeto, el cambio de la relación, en un proceso de fortalecimiento y re-capitalización, mientras se rearticula el problema. La búsqueda del recurso necesario para esta re-capitalización es compleja porque se da en el marco de una relación de fuerzas no favorable al sujeto que está en proceso de debilitamiento. El problema, según el autor, debe enfrentarse y discutirse como una cuestión de relaciones sociales: "...es preciso ver la cuestión de los diferentes puntos de vista de los actores y fuerzas involucradas, sin que los asistentes sociales se vuelvan sirvientes de la institución a la hora de analizar y de actuar, y sólo vean el punto de vista oficial. No se ve entonces la situación como cuestión sino como un problema de la institución, como un problema de poder, y toman el problema como una cuestión jurídica, institucional, de recursos. No están viendo la relación de esa cuestión con las fuerzas sociales en el proceso de debilitamiento, de pérdida del patrimonio del sujeto" (2003: 90).

La articulación estratégica es un proceso que puede fortalecer al usuario en su proceso de capitalización, o debilitarlo. El profesional puede decir sí o no, en un determinado campo de posibilidades, ejerciendo una relación autoritaria en el preciso momento en que el sujeto/usuario concurre debilitado al encuentro del Trabajo Social, colocando rótulos, ejerciendo actitudes discriminatorias o apelando a actitudes o acciones paternalistas o tecnocráticas.

"La disposición de poder condiciona los dispositivos y las estrategias de acción que condicionarán el proceso de construcción de relaciones para superar las relaciones de opresión en relaciones de autonomía y articulación de redes. La discusión de lo que puede o no puede el asistente social, de lo que sabe o no sabe, supone una dinámica de colectivización de su intervención para la cual pueden contribuir los seminarios interdisciplinarios, el intercambio de experiencias, la reflexión teórica, sistemática, en la cual sumergirá su objeto de trabajo que puede, a primera vista, parecer empírico, desconectado, aislado, heteróclito" (2003: 93).

El *empowerment*

Desde la visión del paradigma de la correlación de fuerzas, la propuesta de *empowerment* constituye una estrategia de intervención que busca el cambio de relación en las trayectorias de los sujetos oprimidos.

La denominación *empowerment* proviene de algunas corrientes funcionalistas y en una de sus primeras acepciones es definida como "...un proceso en el que el asistente social se inscribe en un conjunto de actividades con el cliente...cuyo objetivo es reducir la falta de poder que se creó por las evaluaciones negativas sobre su pertenencia a un grupo estigmatizado" (Solomón, 1976 *apud* Faleiros, 2003: 50). Esta definición tiene que ver más con

el combate contra los estigmas, las segregaciones (raciales, religiosas), acompañando los procesos de lucha por los derechos civiles, de grupos y colectivos. Este proceso abarca tres dimensiones, dirigidas hacia el fortalecimiento y la autoestima del yo, la construcción de una capacidad más crítica del entramado de las relaciones sociales y el fomento y uso más efectivo de los recursos.

Sin embargo, Maurice Moreau (Moreau, 1987 *apud* Faleiros, 2003: 51) plantea que la propuesta de *empowerment* debe ir más allá, debe trascender la lucha contra las estigmatizaciones, cuyo sustento se basa en cuatro dimensiones:

- defensa del sujeto/usuario del Trabajo Social, en su interacción con las organizaciones burocráticas; facilitándole el cuestionamiento del saber profesional, estímulo a la autodefensa de sus derechos como soporte a las imposiciones institucionales;
- colectivización, para poder sacar al sujeto de la acción meramente individual, y apoyando sus estrategias de alianzas con otros sujetos o colectivos para llevar adelante estrategias comunes;
- materialización de los recursos, redefiniendo las situaciones-problemas con relación al contexto social y prestando atención a los recursos materiales;
- fortalecimiento del sujeto/usuario, definiendo claramente las relaciones de poder existentes (incluidas las de la intervención profesional misma), alentando los procesos de agrupamiento con otros y la utilización del poder de presión.

Desde la perspectiva estructural de Moreau, la intervención profesional implica la acción en dos planos: uno inmediato (aliviando las situaciones de las víctimas de la opresión) y otro a largo plazo (la lucha contra la erradicación de las fuentes de opresión), quebrando una ya clásica dicotomía del Trabajo Social: la intervención individual o la intervención colectiva.

En estos planteos aparece nítidamente (y Faleiros así lo destaca) como factor clave en la perspectiva del *empowerment* la alianza con los sujetos/usuarios del Trabajo Social, "...implicando el compromiso o contrato de los asistentes sociales con el fortalecimiento del oprimido en el proceso de enfrentamiento de su debilitamiento/patrimonialización y adoptando la praxis de la política más ventajosa para las clases y los estratos populares" (2003: 50), desde la óptica del sujeto y no desde la óptica de la institución.

Faleiros busca instalar en la agenda pública el proceso de *empowerment*, sostenido en la intencionalidad política que engloba tres dimensiones:

- la dimensión de la ciudadanía, basada en la institucionalización de los derechos sociales y remarcando la posibilidad innovadora de que, sin renunciar a la universalización de los mismos, cierta flexibilidad en los servicios pueda reducir la dependencia/tutela/clientelismo y tener en cuenta las particularidades que las políticas sociales universales a veces no contemplan;
- la dimensión de la autonomía, considerada como el rechazo a la tutela y la capacidad de reproducirse en la historia y en lo cotidiano de las mediaciones de poder;
- la dimensión del fortalecimiento de la identidad, a través del espacio público, la pluralidad, relacionada con la cultura, la ideología, la comunicación y la acción externa a un sujeto.

La perspectiva del *empowerment* está teniendo amplia repercusión en los espacios de la práctica profesional, y generando discusiones, polémicas,

controversias en el mundo del Trabajo Social. Es claramente una visión donde la cuestión del poder es central. Al ser una perspectiva relacional y estratégica, busca "...comprender e intervenir en el proceso mismo de debilitamiento y de opresión, en diferentes niveles para que se articule un cambio de trayectorias y de fortalecimiento de los usuarios" (2003: 146), buscando la articulación/regulación de la vida cotidiana y que comprende simultáneamente conflicto e integración, afirmación y negación, expresión y censura, organización y fragmentación. Los sujetos individuales o colectivos, en sus diferentes relacionamientos "...están en conflicto de poder, con enfrentamientos constantes por el uso de recursos, organización, discursos, en articulación con intereses opuestos, configuran diferentes bloques de enfrentamiento" (2003: 147), que sin embargo no impide el entrecruzamiento dominantes/dominados.

Para el Trabajo Social, la comprensión de los modos en que la vida cotidiana se articula/regula para el fortalecimiento del poder de los bloques dominados es y sigue siendo, según Faleiros, uno de los desafíos teórico-políticos más trascendentes de la intervención profesional.

Conclusiones

Desde la perspectiva desarrollada por el autor podemos decir que para muchos usuarios debilitados no es posible vivir sin la referencia de las instituciones, puesto que ellas forman parte de sus trayectorias y estrategias de supervivencia, y a la vez éstas suponen relaciones de poder y saber que se inmiscuyen en sus vidas cotidianas. Estamos hablando de espacios y actores que en algunos casos apuestan a una construcción colectiva ante demandas emergentes, y en otros llevan adelante una lógica excluyente, expulsiva, estableciendo una relación de subordinación directa con aquellos que necesitan de la ración diaria, la caja de alimentos o los útiles escolares para su supervivencia.

Esta situación coloca a los sujetos en el rol de espectadores, son los que miran cómo fluyen los recursos por algunas de las instituciones que conocen; intuyen que hay juegos de poder a los que no están invitados. Pero, ¿a quiénes les interesa que haya más gente mirando que participando en los juegos de poder?

Los grupos hegemónicos implementan en las instituciones sociales una política de refuerzo de la dominación a través de estrategias clientelistas, paternalistas, autoritarias, divisionistas, de aislamiento y delimitación de los problemas y las soluciones a planes y proyectos determinados de arriba hacia abajo, definiendo "aliados" de base en pos de mantener el *statu quo*.

¿Y el Trabajo Social? Se inscribe en este contexto institucional lleno de conflictos, de luchas, de juegos de poder y recursos, con miras a participar en la articulación de estrategias que buscan, en el contexto territorial, redefinir trayectorias subjetivas o institucionales, cambiar las relaciones de poder con el uso de la información, de los bienes materiales, de las redes, para fortalecer a quienes aún siguen mirando "desde afuera": "Deberá tener en cuenta las situaciones más excluyentes para fortalecer, prioritariamente a los que viven en la periferia de los intercambios y de las relaciones sociales significativas y enriquecedoras, por lo que son los más frágiles" (Faleiros 2003: 60).

Un aporte interesante a destacar por parte del autor es que en el proceso de fortalecimiento del sujeto se debe tener en cuenta la inclusión por el conflicto, ya que puede ser el cambio de la trayectoria y al mismo tiempo de la relación Estado-sociedad, en una dinámica que articule ciudadanía-autonomía-identidad.

Según Faleiros, en los sujetos sociales se produce un interjuego entre la disminución y la adquisición de sus patrimonios, no sólo el económico, sino también el cultural, afectivo y familiar. Dentro de este haz de relaciones es que encontramos al Trabajo Social en su función de articular las relaciones de fuerza de manera tal que el sujeto fragilizado recupere esa fortaleza que necesita para llegar a ser un sujeto que ejerza efectivamente sus derechos.

En lo que respecta a la intervención, afirma que la misma tiene límites personales propios y otros derivados de la estructura institucional en que se articulan las estrategias de intervención, que incluyen las relaciones de los sujetos con determinaciones tales como la cultura, la familia, lo económico, lo político, condicionando simultáneamente la intervención y la articulación de las mediaciones particulares, capaces de transformar las relaciones de fuerza presentes.

El autor propone “otro modo de intervención posible”, mas allá de los recursos materiales disponibles. El profesional, a pesar de su subordinación, de su condición de asalariado de la institución, está especialmente relacionado con el sujeto. Hay quienes buscan en las instituciones formas alternativas de relacionamiento, es posible desarrollar la mediación, es posible ocupar un espacio político, es posible tratar a la gente no como súbdito o cliente, sino como ciudadano. Son las luchas sociales las que recrean nuevas formas de intervención y muchos profesionales estratégicamente se alían entre ellos y con las organizaciones de la comunidad, se sirven de las instituciones no para someter a las personas sino para involucrarse en las trayectorias de las mismas.

Existe una mediación entre las demandas de los sujetos y los recursos de las instituciones o los programas en los cuales el trabajador social se inscribe como profesional asalariado. Esta condición le permite participar en el proceso de producción y distribución de la riqueza. Entendemos que no hay tal “estado de emergencia material permanente”, sino más bien una apropiación concentrada de la riqueza social en sectores minoritarios. En este sentido, a nivel del Estado, el trabajador social participa como trabajador asalariado de la escasa distribución del fondo público, debiendo constituir su trabajo la defensa y realización de los derechos sociales, de la ciudadanía y de la gestión de la cosa pública.

Sin embargo, dados los procesos de pauperización y precariedad de las condiciones laborales de los trabajadores sociales, surgen otros serios interrogantes con respecto a la posición del profesional en su rol de fortalecer a los sujetos y hacer efectiva una distribución de recursos y de poder, cuando él mismo se encuentra en su trayectoria laboral en situación de debilidad (situación contractual precarizada, multiempleo, discursos disciplinares hegemónicos que inhiben o desgastan estrategias de intervención). Tal vez resulte necesaria una mayor articulación al interior del colectivo profesional y con otros trabajadores de las instituciones para no quedar aislados, sitiados y en consecuencia realizar una intervención profesional que no logre redefinir trayectorias de vida.

Los trabajadores sociales son contratados por una institución para cumplir un rol de retaguardia, de “resguardo de las últimas fronteras”, para atenuar las

necesidades que genera el conflicto social. Nuevamente aparecen dudas sobre las estrategias en los procesos de *empowerment*. De todos modos, acordamos con esta perspectiva en que la institución no debe ser pensada como un obstáculo que limita la acción sino como aquellas condiciones reales de trabajo que buscan imprimir un horizonte, en las cuales se darán abordajes que expliciten el carácter político y una dimensión ético-política que puedan neutralizar la típica alienación del trabajo asalariado.

Este nivel de abordaje se constituye en dos instancias, una primera en la que se construye el soporte o andamiaje para sostener a quien demanda, y otra a posteriori con una dimensión evidentemente política ligada a lo pedagógico-político, direccionada hacia el logro de autonomía de individuos o colectivos.

La intervención se construye a diario, no en la soledad de la disciplina, sino en una interacción con los saberes y poderes de otras profesiones, y fundamentalmente recuperando y revalorizando el saber y la palabra de quien la demanda. Creemos que no es tarea difícil si se consigue establecer una relación clara entre “lo que es la intervención” y “lo que debe ser”, o entre el ser y el deber ser profesional. Esta coherencia en la actitud asegura un profesional crítico, reflexivo, renovado, comprometido ética y políticamente con la porción de la realidad que se propone transformar.

Es necesario replantearse la intervención profesional alejada de la reiteración y la repetición, es necesario que los profesionales sepan vincular las intervenciones en la realidad cotidiana con un proceso de construcción y reconstrucción permanente de categorías que posibiliten la crítica y la autocrítica del conocimiento y la intervención. Se requiere de una interpretación particular en cada situación concreta, en cada trayectoria social e individual.

Porque se trata de eso, de valorar al sujeto no sólo como una persona cargada de deseos y frustraciones, sino “estimando” también su contexto, en el cual se produce y reproduce, en una superposición de relaciones complejas que se dan en un tiempo y espacio determinados.

Bibliografía

BOURDIEU, P. *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama, 1997.

BOURDIEU, P. y WACQUANT, L. *Respuestas para una antropología reflexiva*. México, Grijalbo, 1995.

FALEIROS, V. *Estrategias de empowerment en Trabajo Social*. Buenos Aires, Humanitas, 2003.

MOREAU, M. “Enfoque estructural en Servicio Social”, en *Servicio Social y Sociedad*. San Pablo, Cortez, 1987.